

Por: Jorge Vallejo

LILA CUELLAR, LA AMANTE INMORTAL

El marido celestial de Lila Cuellar Cifuentes fue enterrado a la entrada del cementerio de Währing, en Viena, a las tres de la tarde del 29 de marzo de 1824. El señor Beethoven fue acompañado a su tumba por veinte mil adoloridas personas, entre ellas, los más grandes músicos europeos de ese siglo, Schubert a la cabeza. Ese hombre, según Menuhin, tan parecido a un intermediario entre la voluntad divina y el empecinamiento de los hombres, vivió en la tierra 57 años. Hoy, es eterno.

En la tumba No. 670 del jardín Ñ del Cementerio Metropolitano del Sur, mirando a los majestuosos Farallones de Cali, reposan los restos de la viuda de Beethoven. Lila sobrevivió a su marido eterno algo más de siglo y medio. En su entierro, decenas de personas humildes batieron pañuelos blancos para despedirla y en una pequeña grabadora de cassette se escucharon los acordes del Himno de la Alegría.



culos, el comercio se agitó con sus naturales consecuencias: tiendas de abarrotes, cantinas, hoteles, malandrines y bandidas hicieron su aparición. Lila, firme como las guerreras de la calle, se encerró con sus delirios musicales.

Lila era la esposa legítima de Beethoven en el mundo de la ebriedad estética pero, como los esquizofrénicos, llevaba una doble vida: la vida eterna de la noche y la condena, también eterna, de los días y días sin sentido con el marido de carne y hueso, un tranquilo señor bueno para nada y ese hijo adoptado que había recogido sin quererlo y que con los días y los años resultaría epiléptico, drogadicto, feo y tan sucio que espantaba. Vivía entre un claro de luna con su esposo Beethoven pero se iba de francachela por los andurriales y fracasos de Gardel. Las tardes de los sábados eran para los amantes de la daga y el coraje, de los tragos duros, de soledades y abandonos. El resto de la semana era fiel y más que fiel a su marido.

La maestría de Lila sedujo a varias generaciones de caleños que acudían a su santuario a aprender a distinguir compositores, directores de orquesta, solistas, corales, registros y decibeles. Amaba la ópera y sobre ella sabía más que nadie y la explicaba con pasión. Organizaba sus conciertos con todo el rigor de las programaciones bien medidas y tasadas, alternaba el derecho de petición entre sus escogidos habituales. A su sala se entraba por recomendación y era exigente. Abdul, el hijo abandonado, el expósito, su asesino, la chantajeaba, la amenazaba y agredía moral y físicamente para comprar pepas y marihuana. Lila cedió cuanto pudo y al final el hijo la rindió.

La cultura y la sensibilidad de los caleños están en deuda con el recuerdo de Lila. ¿Qué se hizo la formidable colección? Muchos ciudadanos le deben su entusiasmo musical a Lila. Algo se podrá hacer para que los jóvenes y niños, hijos o nietos de aquellos que disfrutaron a morir con Bach, Mozart, Vivaldi, Paganini, Tchaikovski, las grandes corales y los mejores solistas continúen con la saga de esa mujer bajita y gorda, de insondables ojos protegidos por unas gafas

de carey y lentes como lupas; vestida como una Geisha en noche de gala que vendía hielo para cholados y que le enseñaba a los niños con galletas y gaseosas.



Jorge Vallejo Morillo es profesor jubilado de la Facultad de Sociología & Economía de la Universidad del Valle. Autor de los libros Cuatro economistas colombianos y La rebelión de un burgués; Estanislaio Zuleta. Jorge es amante de la cocina y está por publicar un libro de recetas singulares.

“Lila era la esposa legítima de Beethoven en el mundo de la ebriedad estética pero, como los esquizofrénicos, llevaba una doble vida: la vida eterna de la noche y la condena, también eterna, de los días y días sin sentido con el marido de carne y hueso, un tranquilo señor bueno para nada y ese hijo adoptado que había recogido sin quererlo y que con los días y los años resultaría epiléptico, drogadicto, feo y tan sucio que espantaba”.